

APOLO

REVISTA DE ARTE

DIRECTOR-REDÁCTOR



Manuel Pérez y Curis

I

MONTEVIDEO

FEBRERO, - 1906

Obras de M. Pérez y Curis

PUBLICADA :

LA CANCIÓN DE LAS CRISÁLIDAS.— EL POEMA DE LA
CARNE. (Poesías).

ESCRITA :

HELIOTROPOS. (Poesías).

EN PREPARACION :

ROSA ÍGNEA. (Cuentos realistas).

ALMA DE IDILIO. (Poema).

APOLO

REVISTA DE ARTE

De venta en todas las librerías

◁ 20 CENTÉSIMOS ▷

La correspondencia á Manuel Pérez y Curis

MONTEVIDEO

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director-Redactor: MANUEL PEREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Febrero de 1906

Liminaria ⁽¹⁾

La época es de lucha y de tristeza. Abajo, en los léngamos impuros, las mediocridades vocean el efímero triunfo de los viles que se arrastran como reptiles grotescos, desafiando la majestad de lo noble y de lo bello; y surge, como por ensalmo, con ostentaciones de artista y plétora de ficciones, ese aptérix del torpe diletantismo impotente y presumido.

Aptérix hosco y deforme, él mira con el dolor de la envidia, el vuelo del águila de la idea por las cimas de la gloria solemnes y luminosas como un biselido del arte.

Y á las almas conscientes y sinceras, no indignan su estulticia y zafiedad sino sus actitudes de pavo real vanidoso.

La estulticia es digna de compasión.

La vanidad suele ser la expresión antitética del cunuco de talento velada por un tul de hipocresía.

En esta época de odios y de egoísmos, surge APOLO, sincero en su desnudez que rechaza de esa hoja de parra encubridora, el atributo de moral ficticia.

Ojos hostiles seguirán su marcha

Almas sinceras amarán sus páginas.

Y, en plena lucha, cantará APOLO la rebeldía ingente de las almas bajo la gloria épica del sol.

M. PÉREZ Y CURIS.

(1) Terminadas estas frases liminares, he sabido que un periodiquillo clerical y por ende hipócrita y tímido, relegado al más bajo escalón de la ineptia; sostenido como un exvoto por las almas refractarias á la Verdad y al Honor; símu ador de todas las grandezas y sabedor de todas las ruindades; obscurantista como sus patronos, por necesidad, porque de ello depende su existencia de bestia avara y voraz, no sólo inútil para las gentes ignaras sino también inculcador de doctrinas muy retrógradas en un país tan liberal como el nuestro; que uno á modo de episcopologio impuro, grotesco, desgraciadamente enfático; evocador del fango en que predica y predicará mientras viva; digno al fin de conmemoración ú olvido, que conmemoración y olvido concedo yo como escritor libre y fuerte á las inocuas mediocridades activas; que una *revue pour rire*, en fin, me nombró, *calbae-*

neando sémicamente sobre mi cuento «Almas Volubles» aparecido en *La Tribuna Popular* del día 12 del mes pasado.

Leyendo esa sendocéfrica custodiada por acéritos y abúlicos, podrá el lector apreciar la verdad de estas frases.

Yo he admirado nuevamente el encanto axiomático de estos versos de Díaz Mirón:

¡Odio que la obscura escama
profesa á la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrasara
contra todo lo que vuela!

Y, en un gesto de desdén hacia los obscurantistas y los débiles, reproduzco hoy aquel cuento, como réplica más elocuente y discreta.

Sinceridades

(DIARIO DE UN HOMBRE)

Perspectiva.

Enero 1.º de 1906.— Aunque me cuesta creerlo, tengo ante mí la perspectiva de año sin nada de común á los demás hombres, llevado por las circunstancias, y quizás por mi idiosincracia, más por esto que por otra influencia, personal, como soy, en todas mis cosas; llevado, como lo he sido, á un tácito renunciamiento de las generalidades humanas en sus manifestaciones sociales y psicológicas, la amistad, el amor y hasta el arte.

Del teatro y de la vida.

Esta noche, como todos los domingos y días festivos, en los que no se trabaja en el diario en cuya redacción ocupó un puesto de cronista, he ido al teatro. Asistí á la representación de «Las Estrellas», un *chistoso* juguete cómico-lírico, según los programas. Se trata de un padre que, contra los deseos de su mujer, lleva á sus hijos hasta el *camino de la gloria*, como él dice. Tiene un casal, y dedica la hija al teatro y el hijo al torreo. Como resultado, silban á la muchacha y apalcan al muchacho. Y los tres, en una noche fría y sin luna, al dar las doce, vuelven fracasados del *camino de la gloria* á cobijarse en la caliente y amorosa tranquilidad del hogar. El público rió anoche, y creo que reirá siempre, de este final, encontrándolo gracioso, muy cómico. Yo, no sé si por estado de ánimo, lloré casi, sentí húmedos los ojos. Es que á mí la vida me ha enseñado otras cosas ó yo tengo un modo raro de juzgar sus menores sucesos. Por ésto, quizás, veo todo al revés que los demás, y suelo reír cuando otros lloran ó llorar cuando otros ríen. Bien que así, y todo, he visto muchas cosas en la vida. Y sobre el mismo tema, ¡cuántos fracasos dolorosos he podido ver ya, al empezar recién la etapa de los veinte años! ¡Cuántos tristes regresos del *camino de la gloria* me han rozado en este sarcástico juguete cómico-lírico que se llama vida! . . .

Luz que pasa.

Yo también vengo de vuelta. Antes me sentía artista, y, diariamente, pensaba y escribía como tal. Hoy, después de mis relaciones con Muñeca y con Mimí, la virgen soñadora y vaga en sus deseos, y

la prostituta de sensualidades enervantes; luego de estas dos mujeres que me arrastraron hasta hacerme naufragar en la vorágine perturbadora de las pasiones del corazón, la una, y de los sentidos, la otra, soy otro. Tengo, como todo intelectual de alma enferma, los desalientos melancólicos del pesimismo, las rebeldes altiveces del luchador y el fatal nihilismo de la duda, la desesperanza y el descreimiento del ideal. Desapareció ya en mí el frío, el sereno analizador, el audaz teorizador de la vida y sus cosas, el orgulloso mental que vivía asegurando que el amor era una esclavitud moral, un limitamiento de la idea y de la acción, del que el intelectual debía liberarse, y la mujer un perjuicio, cuando no se aceptaba como utilidad física ó como recreo, por su belleza, de artista que admira y siente su hermosura. Fugaz meteoro, pasó, dejando apenas un leve trazo de su luz.

ANGEL C. MIRANDA.

Cuarto, Enero 19 de 1906.

Pon algo de luz divina...

El amor no pide glorias, el amor no pide galas,
El amor es silencioso porque vive de quimeras;
El amor es como un ángel que lleva sobre sus alas
Todo un mundo florecido de lujosas primaveras!

Por eso voy jubiloso buscando el antro en que esperas
Y en donde—flor de las tumbas—en un perfume te exhalas;
El amor es silencioso porque vive de quimeras,
El amor no pide glorias, el amor no pide galas!

Con tu lumínica gracia quiero enflorar las oscuras
Nostalgias en que sollozan mis ya mustias primaveras...
¡Pon algo de luz divina sobre mis ansias impuras,
Y condúceme en el vuelo sonámbulo de tus alas!...
¿No ves que voy jubiloso buscando el antro en que esperas
Y en donde—flor de las tumbas—en un perfume te exhalas?...

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

Montevideo.

“Liturgia sentimental”

I

EN LA SOMBRA . . .

Estoy solo. Solo, sin tí, que me iluminas y que me alientas, en esta tenebrosa sombra de mi desti-



Luis Roberto Boza

no . . . Medito. Mi cerebro vigila, como un águila en acecho, sobre una cumbre. Y, dentro de mí mismo, el corazón ruge, como un violento mar airado que se desboca. . . Mis pupilas están áridas, como una maldita flor sin riego, y siento en mi cuerpo la agitada vibración de mis nervios en crisis . . . ¡Estoy solo! ¡Qué triste estoy, mi

bien! Soy como un árbol joven floreciendo en un páramo, sin una mano compasiva que riegue su tronco enhiesto, sin una alegre caravana que acampe bajo sus ramas.

Y, tú, viajera golondrina, vas pasando . . . y yo aguardo tu trino que me extasía, tu sonrisa que me cautiva. Pero, soy hosco, altivo como un roble de la selva. No oirás nunca de mis labios la frase que envuelve una ternura, ni la canción que rimarán mis suspiros. . .

¡Dios mío! Las manos sobre mis sienes que palpitan como un volcán, fijan mis pupilas en el inmenso, en el infinito vacío en que me envuelvo como en un nimbo de sombra, oigo que alguien me llama, de muy lejos, con una voz suplicante y lejana, como una leve palpitación de alas. . . ¿Eres tú acaso? ¿Tu impalpable espíritu pasa, dejando una

rauda estela de risas, que forman cual un collar de notas y de armonías? . . . ¡Quién sabe! ¡Tal vez si en estas horas de sombra, tu sueñas. . alma mía!

Llueve. ¡Oh! Nunca esa lluvia será más intensa que las lágrimas que encerradas llevo en mis pupilas!

En la calle, ni un eco. Sólo el

tintineo quejumbroso del agua cayendo sobre las planchas de zinc. ¡Qué tristeza hiela mi vida, esta mísera vida que arrastro, sin una luminaria que me guíe en este océano solemne, infinito, sin un espejo de sol, sin una estrella que se mire en sus ondas serenas!

En mi vaso de Bohemia, los juncos y las campánulas tiemblan. Y yo pienso en tí, que eres una flor de altar en tu lilial blancura; acerco mis ardorosos labios á sus corolas húmedas, y me imagino te beso á tí, que esas flores á quienes consagro mis cuidados, tienen algo de tí misma, de tus labios, de tu alma...

II

LEYENDO UN POEMA...

Lo leí... Cerré los párpados, y en mi pecho sentí como un rumor de alas desplegadas. Había como la condensación de una angustia,

de un sollozo mudo ahogado en la garganta, de una suplicante imploración en aquel poema, resplandeciente de dolor y de esperanza.

Y, después de esa sombra que negreaba mi espíritu, ví entrar intangibles visiones, pálidas florescencias que constelaban en el cielo de mi cuarto. ¡Ah! Eran tus ojos que veía en sueños, alma mía, tus ojos que iluminaban la noche de mi vida, como benignas estrellas compasivas, como flotantes mariposas de luz en medio de la tempestad. ¿Y el poema? Era tu recuerdo. Tu imagen que adoro, así tan piadoso como un ermitaño adorando una reliquia. ¡Bendita seas tú, que vienes á consolarme en esta horrenda vigilia que me aniquila, que gasta mi juventud, mi juventud sin un destello que la alumbre, sin un alma que reciba su imploración!

LUIS ROBERTO BOZA.

Presentida

¡Salve, Ideal!

Hay la soberbia morbidez de un bello
Tulipán de Bizancio en tus pupilas,
Y en el mármoleo cutis de tu cuello
Cisneo, un encanto de nevadas lílas.

Hay en tus labios la tremante gloria
De un arrebol de púrpuras perenne.
Y una como balada evocatoria
En la armonía de tu cuerpo indemne.

¡Oh, cómo abrasan encendiendo amores
Tus palabras de luz! Como en un río
De ondas de fuego, las abiertas flores
Mueren bajo el incendio del estío.

Así, al arrullo de tus frases cálidas,
Muere mi corazón recién abierto
Cuando al rozarse con tus manos pálidas
Tiemblan las mías y tu fiebre advierto.

¿Amas la gloria del amor? Yo espero
Ver al rebelde de mi amor contigo.
¿Que eres alma no más? yo te venero.
¿Que eres alma y cerebro? te bendigo.

Tu rebeldía es astro que fulgura
En el cenit de un cielo arrebolado.
¡Jamás la sombra de la nube impura
Empañará su disco immaculado!

¡Oh, tu gesto de amor y de heroísmo!
¡Oh, tu sonrisa de magnolia erguida
Tiene el espiritual hefitropismo
De la verdad por la calumnia herida!

Tú evocas en miradas oportunas,
Flamas livores de incendiarias teas,
Y á la belleza de la forma, adunas
La magnanimidad de las ideas.

¡Ah! ¡Qué espera de mi tu pecho ardiente?
¡Las ficciones de un hombre que lo abrumen?
No! Yo tengo, mujer, para tu frente,
Los besos ardorosos de mi numen.

En el ocaso de las luchas mías,
Pactar quisiera con la airada muerte;
Y caer en un mar: tus alegrías,
Como un albatros amoroso y fuerte.

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

Ramiro Blanco

Engalanamos las columnas de nuestra REVISTA con el retrato del distinguido escritor español don Ramiro Blanco, muy conocido en América por la variedad de cuentos y narraciones que publican con frecuencia los diarios y periódicos. En el Plata se hizo conocer con sus amenas «Notas españolas», y á más ha ensayado con bastante éxito el teatro y la novela. Entre sus obras más conocidas se cuentan la comedia en dos actos «La de Málaga», los juguetes cómicos



Ramiro Blanco

«Con permiso del mando», «Don Juanito», «Los primos de mi mujer», «El pecado de Adán» y «Un estuche». Las novelas «Ser algo», «El cercado ajeno», «Las mujeres de lance», «La muerte en un beso», «Un secreto de amor», «El filón de oro», «¡Estaba escrito!», «La esposa fea», «La domadora de fieras» y el tomo de cuentos «Historia de doce tiempos». Como homenaje á su fecunda labor ofrecemos hoy á nuestros lectores este dato biográfico de su vida literaria.

La copa del olvido

El llanto que corrió por tus ojeras
No lavó la negrura de mi duelo
Y en la fina batista de un pañuelo
Se perdieron tristezas agoreras.
No sabías mi mal. Oscuros velos
Cruzaban por la tarde cual severas
Reflexiones de Dios. Ah! si pudieras,
(Te decía) pensar como los cielos.

A Medina Betancort.

Y como con la tarde tu serena
Nostalgia remontaba hacia la luna
Cual á una copa de olvidar la pena
Llegó vibrando del salón lejano
Un sueño de Chopin como un hermano
A contar sus tristezas una á una.

VÍCTOR BONIFACINO.

Bajo los ceibos

A Raul J. Molgar Diana.
Fraternalmente.

Después de un momento de silencio Rodolfo prosiguió nuevamente su conversación, interrumpida por el vuelo atropellado de una garza, blanca y misteriosa.

—No seas terca María. Bien sabes tú que mi corazón no alberga ninguna baja pasión mercantilista. Él se encuentra depurado de todo ese sedimento de maldades que el río humano, en el correr de las edades depositó sobre la conciencia de los seres humanos. Si te hablo de la necesidad de amar libremente es porque entiendo que el amor debe manifestarse así, sin calculismos mezquinos, ni intereses, ni dogmas sociales. No lo concibo legislando por el Estado ni por las costumbres de los pueblos.

Pierde todo su valor y sinceridad cuando se le abruma de prejuicios y se reparte en dosis según las conveniencias que nos agitan en el caos de las fórmulas. Observa de lo contrario en torno de tu persona, en esta naturaleza agreste, propicia á toda manifestación de vida amplia, si existe alguna ley que reduzca en lo más mínimo la libertad de amar. Esa multitud abigarrada de pájaros que pueblan con sus gorjeos y

trinos la espesura, va cumpliendo con la necesidad de amar, de rama en rama, de mata en mata.



Perfecto B. López

Hacia cualquier lugar que dirijas la mirada verás la eterna comunión de dos naturalezas contrarias. Es la ley inevitable de la vida manifestada por los seres que pueblan el mundo y á la cual nadie ni nada puede substraerse. La trasmutación del todo, el movimiento incesante de las moléculas en la creación eterna de las formas, radica en el amor. Él implica muerte aparente de unas cosas para dar vida á otras. Es

su esencia por ser ley de la vida, la integración y desintegración de la materia.

¿Nosotros, reyes de la creación, hemos de ser los únicos en el concierto de los demás seres que se agitan dentro de las mismas influencias que nos abstraeremos á la vida? Eso, María, es ridículo á la par que salvaje. Deberíamos ser los más favorecidos, los más libres, impulsados por la luz de ciertos cerebros, y en cambio, somos los que más obstáculos oponemos á la realización de nuestra misión en la vida, encerrada en estas palabras del evangelio: "Cred y multiplicaos".

¡Oh! María, medita en esto. Todo es transitorio en la vida de los seres. Estos instantes no vuelven y aunque volvieran ¿si algo se agita en tu pecho y te impulsa al amor, por qué no amas? Ante un cielo de apoteosis, en la hora crepuscular cuando el sol muriente arroja el oro viejo de sus rayos sobre la tranquila campiña olorosa; aquí, cercanos á esta corriente cristalina que ríe sin cesar gozando el placer de la vida libre; en estos instantes en que la brisa nace para herir las cuerdas ocultas en las copas de estos ceibos, sangrando flores, que nos brindan su sombra; cuando desde el más inofensivo insecto hasta el pájaro de más hermoso plumaje despiden al día que se va, ¿no te sientes dispuesta al abandono de todos tus prejuicios? ¿La sangre no se enardece en tus venas? ¿Tu corazón no brinca de júbilo ante la majestad imperiosa de este panorama que se desarrolla ante

nuestros ojos como un convite á la vida.

Solos estamos. Ningún ojo humano nos avergüenza con su fijeza escrutadora. La poesía de la vida que palpita en toda la creación nos habla de dulzuras y ternezas que podemos disfrutar sin contrariar á las leyes naturales. ¿No ríes ni hablas? Tus ojos entornados, la actitud de tu cabeza hermosa, ese suspirar agitado, me hacen pensar que después de tantos meses de lucha vas convenciéndote . . .

Rodolfo calló y acercándose á María la cogió por la cintura, la estrechó fuertemente contra su cuerpo, pintando su rostro con el fuego de una multitud de besos. María respondió á todos ellos y por breves instantes fuertemente apretados, fundieron en uno solo sus alientos, contando las palpitations de sus carnes.

—No vengo á violarte, sí á convencerte—prosiguió Rodolfo casi al oído de María, con gran desfallecimiento en la voz. Una palabra de tus labios, esa palabra que hace tantos meses esperé febriciente, para vivir y amar. Responde. La noche espera. El sol ha besado ya la comisura lejana del horizonte incendiado. Las sombras van bajando velozmente de estos árboles y en el cielo las estrellas, con sus brillos temblorosos, escriben el misterio de la noche. Vamos, una palabra, tan solo una palabra de tu boca para ser feliz.

María enmudecida no levantaba los ojos del suelo en tanto sus manos jugaban inconscientemente

con la hojarasca que los vientos habían desprendido de los árboles. Rodolfo interpretando según sus ideas aquel silencio, enmudeció dejando que sus manos vencieran la última resistencia opuesta por María.

—No, eso no, respondió ésta aprestándose á la defensa. Te quiero mucho, mi amor es infinitamente grande, pero no puedo llegar á eso. El día que nos casemos, seré tuya, únicamente tuya. Hasta tanto eso no ocurra, no, mil veces no. Antes la muerte que la deshonra.

Gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas enardecidas

y Rodolfo desistió de sus propósitos. Se incorporaron luego de sus asientos y sin cambiar ni una sola palabra salvaron la arboleda, y ya en plena campiña aturrida por el redoble de los grillos y el cló-cló de las ranas de los pantanos, se encaminaron en dirección á las casas. El día había sido hermoso; mas la elocuencia de la vida no pudo desgarrar del cerebro de María el velo de sus preocupaciones. Persistía en ser *honrada* aunque el amor le exigía otra cosa.

PERFECTO B. LÓPEZ.

Montevideo, 1905.

Literatura y filosofía

Psalmó á Venus Cavallieri.

Roberto de las Carreras es uno de los pocos escritores que en nuestro ambiente siente con intensidad el arte y maneja hábilmente el estilo. Poco comprendido entre nosotros; zaherido por la burguesía á quien sienta mal sus producciones vigorosas y valientes; inhibidas de todo bajo preconcepto utilitario, es un verdadero esteta en el más amplio sentido de esta palabra. El libro que nos ocupa y del cual es autor, es la mejor prueba de lo que dejamos afirmado. En todas las páginas que lo componen, de las Carreras no sólo ha hecho derroche de ese exquisito sentimiento que lo caracteriza como escritor, sino que también, en un desborde de majestuosas

metáforas nos hace evocar el pasado, ese pasado ya muerto, por cuyo reinado brega incansable y que hizo de la risueña Heliada, la región de la Belleza suprema, el reino de la luz, de la vida y de la alegría misma, imperecedera y siempre triunfante.

«Psalmó» no es un libro destinado á estudiar lo complejo de la vida moderna, las miserias y desigualdades sociales. Pertenece únicamente á lo que fué. Aunque expresión sincera de un entusiasmo idolátrico hacia una mujer que pasó triunfante por la ciudad divina, en una loca carrera de amor, es todo él una imprecación al pasado risueño que ya no volverá, porque en el presente se vive una vida mer-

cantilista y es el corazón una viscera y el placer una pasión que sólo el oro satisface. Saturado con los perfumes de las rosas de Amante, con cinamomo y mirra, sabe á mieles añejas y á pecados helénicos, pecados divinos, donde intervienen las carnes estremecidas por el deseo, los labios temblorosas por la fiebre de los besos y los senos palpitantes. Todo él respira amor, pero un amor sensual, como chispas de fuego de un deseo irreductible que extenua en las largas noches de insomnio. Es sencillamente, y para concretar todo su valor en unas pocas frases, hermosamente divino. En otro país que no fuera el nuestro, hubiera bastado la publicación de «Psalmos» para que el éxito coronara el esfuerzo del artista y de las Carreras recogiera la palma simbólica con que los antiguos sabían premiar al talento. Aquí, entre una turba de vociferadores de oficio y de im-

potentes cerebralmente, el libro será condenado y su autor verá acerbillada su reputación de artista que siente la belleza y sabe traducirla en párrafos que semejan block de mármol del penitético, por aquellos que nada han hecho y en los corrillos de café levantan y hunden reputaciones y talentos; «Psalmos», volvemos á repetirlo, no es para un ambiente como el nuestro, donde no existe criterio crítico ni menos aún facultades analíticas y donde cada cual se cree un Dios capaz de la concepción de nuevos mundos. Con todo, de las Carreras sabe con qué bueyes ara en el país y de qué manera debe tratarlos.

«Psalmos á Venus Cavallieri» es un verdadero libro de arte, una especie de cofre donde duermen el pasado sensual, lleno de vida y que brillará aunque se arroje todo el lodo de la envidia, por que tiene luz y méritos propios

ANÍBAL DEL RISCO.

Degeneración

SALVADOR, cuarenta años, avejentado, pingoso, peón de albañil á ratos, sin educación, sin moral, lleno de vicios y de malos instintos. Casado con LIBORIA, treinta y dos años, macilenta, basta, á veces irascible, á veces solapada, á veces acomodaticia, hija de la moral sin sanción ni escrúpulos de un hogar á la buena de Dios y de un ambiente demasiado pecaminoso y demasiado libre.

Cuarto de casa de inquilinato. Una cama de matrimonio sin tender, una mesa llena de vajilla sucia, de restos de comida y de moscas. Sillas caídas, ropas revueltas en los rincones.

SALVADOR, (temblando de rabia y de fatiga, la cara congestionada, los brazos en

alto, los puños apretados). — ¡Perra! ¡Renegada! ¿Que por qué te pego? ¿Pues no he de darte hasta escurrirte los huesos? Todo el día trabajando, de sol á sol, subido en el andamio ó acarreando arena, con dos postas de pescado y un pedazo de pan. Todo el día así, sin reclamarlo ni llorarlo, pa ganar los jornales, y venir á la noche rendido á comer

la cena, y encontrarse sin fuego y sin un pocillo de caldo...

LIBORIA (recostada en la puerta, le mira con rencor y desafío; mientras, se limpia las lágrimas con las manos, se arregla los vestidos, y se alisa las greñas caídas).—

Es que tú no mereces la pena, ¿sabes? Te quejas de gusto. . . ¡borracho!

SALVADOR (avanzándose). — ¿De gusto?

LIBORIA.—Sí, de gusto, sí señor! ¿Con qué quieres que compre pa encender puchero? ¿Con qué? ¿Con las manos vacías?

SALVADOR.—¿Y los quince reales del jornal que te traje? ¿Yo me los he comido?

LIBORIA.—¡No! Pero te los has chupado. (Serenándose). El domingo, dos reales pa el sapo. El lunes, uno pa tabaco y pa papel. El martes...

SALVADOR (bajando la voz). — El martes... sí, me puse alegre... es cierto...

LIBORIA (interrumpiendo). — Como siempre.

SALVADOR.—Deja, déjame hablar... Me puse alegre... ¡de rabia!... Pa olvidarme del hambre y olvidarme de tí.

LIBORIA (levantando la voz).—¿Y entonces? Si reniegas de mí, si me aborreces, si me prefieres ver muerta... (El hace un gesto) ¡Muerta, sí, muerta!... á qué te enojas, á qué me acusas, á qué me pegas? Echame con una patada y lárgame á la calle... Tú sabes lo que ganas... Tú sabes de tus vicios... ¡Tú sabes lo que hay!... ¡Siempre la paga una! ¡Siempre se quejan de

una! Y después... unas somos las cristas... (bajando la voz)... las buenas... las que perdonan todo...

(Hacen un silencio Salvador, con las manos en los bolsillos se pasea unos instantes, arrastrando las zapatillas endurecidas por la cal. Su mujer le observa de reojo).

SALVADOR (deteniéndose). — ¿Y qué haces los lunes, y los martes... y todos los días... fuera de casa?

LIBORIA (con indignación). — Voy á casa de las amigas... ¿Qué hay?

SALVADOR (sonriendo). — De las amigas, eh!... ¿Te piensas que soy zonzo? (Con decisión) Mira. Liboria, puedes tener todos los... queridos que tú quieras ¿sabes? Yo sé que soy un borracho, y tú una mujer... que necesita llenarse el buche... y buscar lo que le hace falta... ¿entiendes? Pero los reales que te traigo pa mi cena... son pa mi cena ¿lo oyes? Si yo lo trabajo, yo me lo como... Cada uno que se arregle!... (Después de un silencio). El amor da dolor de cabeza... y el hambre, Liboria, da dolor de barriga!...

LIBORIA (con fastidio).—Y entonces ¿quién paga la pieza? ¿Con qué dinero? ¿Acaso me lo das tú?

SALVADOR (andando de nuevo, y mirando el suelo).—Yo no te pregunto de donde lo sacas...

LIBORIA (con aire de ofensa, gritando).—Entonces... ¿tú crees?...

SALVADOR (encogiéndose de hombros).—Yo... Y á mí qué me importa!... Mientras no lo vea...

Almas volubles

I

Una brisa impregnada de perfumes evocativos de dulces ensañaciones y reminiscencias vagas, penetró en la sala de Leopoldo, suavemente, como el hálito de vírgenes increadas, en la aurora fugitiva de aquella noche estival.

En la beatitud silente de la pieza, y animadas por la lumbre opalescente de una lámpara de bronce, algunas acuarelas lucían la armonía eximia de sus matices tiernos, y en medio de ellas, en un cuadro con marcos de caoba, inclinábase un retrato de Víctor Hugo en actitud meditativa.

Leopoldo, adolescente aún, con su belleza imberbe de andrógino recatado y la lengua cabellera negra que caía en ondas acresponadas y espesas sobre sus hombros de niño, parecía un efebo-poeta de las fiestas apolíneas.

Sus ojos oscuros, reflejo de amargos presentimientos, de nostalgias y de ensueños y de vida conventual, revelaban las inquietudes de un espíritu medroso, las angustias enervantes de un corazón que se inicia en las luchas del amor.

Y, Leopoldo era un poeta humilde y sentimental. Sus versos de un sentimentalismo inconmensurable rimaban las dulzuras añorosas de la musa bec-

queriana. Diríase un discípulo de Becquer contemporáneo de Mistral.

*
**

Aquella noche, Leopoldo, obsesionado por el desdén con que horas antes le hablara la amada de su alma, alma enferma y sensitiva, estaba triste, casi sombrío. Su rostro se contraía en un rictus de dolor exacerbado y meditaba, meditaba en los albores de aquel amor de castidades sagradas que hacía negras sus visiones sublimadas de poeta y de vidente.

Parvadas de recuerdos alegres y candorosos afluían á su cerebro y torturaban su corazón adorante con la nostalgia de aquellas horas liminares de su adolescencia en flor, saboreadas en la campiña aromada entre el murmurio de diáfanos arroyuelos y la eterna sinfonía de los pájaros cantores, que surgían en polícroma miriada, como evocados por espíritus etéreos, cuando la aurora con su gama de colores poemizaba las cimas de los cielos.

¡Oh! ¡Qué es triste evocar al rumor de los recuerdos las plaidees de las horas idas, ansiano mitigar nuestras congojas bajo el palio capitoso de la ilusión siempre hermosa, siempre fogaz!

Pensaba Leopoldo mientras

sus ojos oscuros inmóviles y piadosos parecían contemplar alguno de los libros predilectos ordenados esmeradamente sobre los anaqueles de su regia biblioteca

Súbitamente, con un arranque de epilético impulsivo, levantóse, cerró la puerta del gabinete, y murmuró *sotto voce*:

¡Oh, no, no puede ser! mis sentimientos morirán conmigo! Esa mujer me subyuga.

Sortílega deslumbrante, su voz tiene las inflexiones arcanas de las sirenas falaces y arrulladoras. Ella me inició en los ritos del amor cuando mis ojos recién abiertos á la vida miraban hacia horizontes augustos pletóricos de luz, recamados de glorias augurales, y sus frases incoercibles, en amoroso ritornelo, me hablaron de divinas emociones y venturas y placeres que yo ignoraba todavía en la penumbra de mi adolescencia ingenua.

¡Oh, amor, qué fatal eres!

Y luego, con un gesto de erotómano incurable y alisándose el cabello que humedecía el sudor de la fatiga en aquella hora de meditación y de dolor, repitió:

No, no puede ser. Ahora mismo le escribiré una esquela comunicándole los motivos que me obligan á abdicar de su amor é implorarla olvido.

Y, esto diciendo, tomó del estante el libro que acababa de mirar tiernamente, devotamente.

Era «Ibis», de Vargas Vila. Lo abrió en el primer capítulo y leyó con fruición la carta que Teodoro, víctima del amor más tarde,

recibiera de su maestro: profeta, filósofo y artista, sublime en sus ideas fecundas y su soberbia de rebelde irreductible.

Y comenzó á escribir en un pliego tenue y blanco:

Amiga mía:

Amiga, sí, amiga solamente. No te impresione que te llame así. Fría y voluble, tú me obligas, consciente de tus grandes sortilegios, á dejar de llamarte Bien Amada.

¿Recuerdas, cuando leyendo «Ibis», me dijiste que la carta del maestro es un sofisma sacrílego, que el amor es el alma de la vida y el paliativo eficaz de los espíritus tristes en medio de los dolores que consumen el alma de la humanidad apática por excelencia?

Y, ¿recuerdas también que aplaudiendo yo esa carta, te presenté ejemplos claroidentes en que el amor como una úlcera moral había corroído á aquellos que le rindieran fervoroso culto?

¡Ah! recuérdalo, amiga mía!

Ahora, al decirte que mi corazón ha dejado de ser tuyo y no palpitará por tí, que ya no llegará á tu oído el eco melodioso de mis raros madrigales, los mismos ejemplos te presenté para que así puedas conocer las tristezas del amor.

En tí misma está el ejemplo. Me hiciste siervo del tuyo con arrullos halagadores de paloma enamorada, y cuando creías que dominados estaban mi corazón y mi cerebro, te mostraste indife-

rente, esquiva, ajena á mis aflicciones y mis sentimentalidades de trovador vencido del infortunio.

Mas yo, hostigado por todos los dolores, poseído de todos los cilicios, he reaccionado y comprendido mi engaño. Y ahora, iluminado como por un relámpago volitivo de mi espíritu, mi corazón se ha hecho fuerte. Ya no lo domina nadie.

«Gobernarse á sí mismo es la mayor de las victorias», dijo Lubbock.

¡Feliz el que pueda hacerlo!

Yo, emancipado ahora de prejuicios amorios, pienso en tus desdenes y se me ocurren muy ásperos y muy fríos, fríos como las ráfagas de invierno.

Y tu esquivéz, y la insensibilidad que finges, en contraste con tu belleza impecable de pagana emperatriz, me exasperan tenazmente

Como esos medallones de vírgenes escotadas y esas estatuas de marmol de contornos lujuriantes que simbolizan las deidades mitológicas, así provocaste tú mis deseos en embrión. Y mi amor fué hacia tí, humilde, sincero, vencido por el deseo que tu habías hecho nacer en mi cerebro y mi corazón, accesibles ambos á todas las modalidades del amor y la belleza

No pretendas acusarme de . . .

No pudo continuar. El sueño le había rendido y su rostro apoyado sobre la mesa tenía las expresiones dolientes de un enfermo de ancua.

¡Pobre bardo adolescente!

Había visto á su corazón, crisálida del amor, transformarse en mariposa y volar incautamente, con ebriedad de luz y de perfume hacia el foco en que había de abrasarse!

Y sus tristezas juveniles dormían entre libros y periódicos, á la luz opalina de la lámpara que agonizaba lentamente, como trémula flor crisantemada en las inmensas sombras de la noche.

II

El alba insinuóse débilmente cual si temiera á los reflejos lívidos de la luna en el tramonto.

Más tarde, el ángelus de la catedral lejana vibró sonora, pausadamente, como un salmo broncíneo lleno de amor y misterio en el encanto de aquella hora apacible.

Cuando despertó Leopoldo, los primeros resplandores del nuevo día tamizados por los cristales de una ventana amplia, iluminaban ya su sala silenciosa de artista y de poeta.

Al despertar, sorprendido de encontrarse allí completamente vestido y fatigado, pensó en la noche anterior. Sus palabras, sus meditaciones, la carta, todo pasó en ronda por su mente acongojada como un cortejo de angustias desconocidas.

Recogió la esquila inconclusa, y al leerla, una brisa impregnada de perfumes evocativos, de dulces ensoñaciones y reminiscencias vagas inundóle de gozo el corazón, y Leopoldo, hondamente conmovido, rompió el billete en

pequeños trozos que se esparcieron sobre la alfombra como pétalos de gardenia maculados de tinta en rasgos negros y finos y exclamó:

¡Oh, mujer! Sois invencible!
¡Hasta lo inesperado os favorece!

MANUEL PÉREZ Y CURIS.

De la caravana bárbara

LA CANCIÓN DE LAS CRISÁLIDAS Y EL POEMA DE LA CARNE

Justo Pastor Ríos, el noble caballero del Toisón de Oro del Arte, á su paso por Chile, dejó en mis manos este libro, este magnífico libro bello. Su autor es Manuel Pérez y Curis, poeta uruguayo, uno de los nuevos paladines que vienen á horadar montañas y á embriagarse en el lujurioso derroche de las rosas plenas del Arte, rosas pletóricas de savia y de perfume.

En *La Canción de las Crisálidas*, es un alma la que canta, un alma sencilla, desnuda y reverente que se inclina ante la augusta visión de los ideales. Ya cante ó grite, ya sonría ó blasfeme, el verso-idea resplandece con nimbos de una claridad sincera y fecunda en suprema fuerza y en suprema gracia. Tal así, por ejemplo, en *Labios Virgenes*, en que el suave arrastramiento rítmico va armonizando con la dulce pulcritud del lenguaje; verso casto como para ser escrito sobre el albo marjen de un Misal. Ahora, en otros, tales como en *Blasones*, el apóstrofe

es entero y firme, y entonces el poeta no canta, sino que habla con voz tribunicia y eufónica. Admirable faz de la psiquis de Pérez Curis es esta ductibilidad de su *yo*, tanto más de admirar cuanto que por hoy la poesía contemporánea,—hablo de América,—se sintetiza en un desdoro de la personalidad y en morbosa tendencia al sensualismo atrofiante. Casi todos los poetas americanos de la generación nueva llevan su lira encadenada al medio vivido, con sus prejuicios y desequilibrios, y al medio sentido, con sus esclavitudes y el inherente renunciamiento á la propia voluntad. Es por esto que los buenos lapidarios abundan; pero los artistas intelectuales, los poetas intensos ya escasean en la tierra de nuestra América. El vocerío apaga toda manifestación de nobleza y toda voz justiciera que se levante, como una montaña de rimas, aplastada queda ante la rancia sonatina de los versificadores de oficio. Me complazco, pues, en aplaudir

á este poeta, y en reconocer en él al luchador de raza y al soñador de fibra. Porque en su libro hay retazos que son como fragmentos de carne viva, carne herida que se subleva y que pide cauterio.

(Es como una racha de tempestad soplando corolas pensativas).

Ha comprendido, pues, este poeta de fibra sáxea, que la época pide más energías, más savia ardorosa para el futuro triunfo de la vida sobre la inicua agonía del presente. Hay que encausar la cuadriga de sus apóstrofes por sendas más humanas y bellas. No hay que llorar versos, sino que presentar versos que tengan la virtud de convivir hasta el llanto. En todo caso, las lágrimas que se desbordan no son más que una manifestación de una oculta fuerza impulsiva. Y los propios dolores se atesoran y no se profanan.

El Poema de la Carne se titula la segunda parte del libro. El título es sugestivo, y el poema en sí mismo no es más que una nueva demostración del poder sensitivo de su autor. Aquí Pérez Curis se nos muestra como un ardoroso pagano. Adora la forma y la canta. Y esto para mí es efecto lógico, dada su libre espiritualidad para prejuzgar los vicios rutinarios que plagan la vida moderna, estos refinamientos de

crueidad inventados por los hombres con el pretexto de una moral falsa y sin base ética que la afirme. ¿Por qué taparse los ojos ante el impecable desnudo de una forma radiante? Como un céfiro de intenciones cálidas pasa por ese *Poema*, cual si entreabriera los broches de anémonas virginales.

El Poema de la Carne es lo más artístico del libro; pero á mi ver, su primera parte es lo más sincero, porque es lo más ingenuo. Y el arte debe ser sincero. Porque estas súbitas explosiones líricas no son más que energías acumuladas en el cerebro, — esta sagrada caja de música que llevan los poetas en la frente.

Vuelvo á repetirlo. Este es un libro bello, de juventud generosa en ideales y pletórica en esfuerzos.

Yo bien sé que Pérez Curis gallardamente lleva su morrión lírico y que toma fila en las huestes irredentas de los bárbaros, de los que venimos á echar al surco la prolífica semilla de la justicia y de la solidaridad humanas.

Porque, mi poeta, más vale destrozarse tu lira contra la testa de los tiranos, en vez de arrancar á su cordaje el quejumbroso lied, que hará sonreír á las niñas desde el balcón.

LUIS ROBERTO BOZA.

Santiago de Chile, octubre de 1905.

Psicología de un muerto

Confieso francamente cómo nunca pensé morir en aquella ocasión. Cuando las llamas prendieron en mis ropas y no pude apagarlas, á pesar de los esfuerzos, me angustié mucho y hasta creo que perdí un poco la cabeza. Perdí, no; no es la palabra, ya que durante el pavor del trance conservé una extraordinaria lucidez, hasta el instante en que mi conciencia se desvaneció en un crepúsculo y luego cayó en la sombra.

Devoradas las ropas, el fuego lamíó mi carne con sus lenguas de caricias mortales. Las llamas parecían serpientes luminosas, y las serpientes cantaban, cantaban algo como una canción de exterminio.

Las llamas me sirvieron de iluminación. Sin saber cómo, á esta luz, vi, en un momento, cuanto había visto en mi vida. Vi las personas, las cosas y las ideas. Lo vi todo como en un fresco maravilloso. No era una pesadilla. Era algo muy real; yo estaba viendo todo aquello.

Fragmentos de mi vida, que no recordaba, aparecieron de súbito y distintamente á mis ojos. Recordé que mi madre vestía un blanco traje de muselina constelado de estrellitas azules, la noche en que mi padre murió.

Recordé á la gorda maestra que me daba muchos besos detrás de las persianas y me hacía caricias en su cuarto, á solas.

Recordé una cruz rural bajo unos mangos, en la hacienda nuestra, por donde jamás pasé de niño sin estremecerme. Allí asesinó á un borracho casi á mis ojos, un negrito sirviente de casa, de nombre Alejo.

Recordé todas las dulzuras de mi vida con particular precisión. El inmenso amor de mi madre; mis viajes; sensaciones de arte; horas de triunfo; amores felices; toda la gama de impresiones de una vanidad satisfecha.

Pero no sé cómo expresarme. También veía paisajes de amargura, caras que eran para mí representación de una contradicción ó una pesadumbre. Entre éstas, descollaba cierto rugoso, amarillento rostro lleno de cómica majestad, coronado de doctorales canas; la barba rucia, amarillosa de nicótica. Era la cara del asno satisfecho, á quien la ingenuidad paternal presentó mis primeras rimas; del Moisés literario, cuyo reproche arcaico, fulminado desde un Sinaí de desdén y en medio de una tronitante retórica, me hizo desde muy temprano despreciar á los pedantes y saborear como artista las primeras hieles.

He dicho que también veía las ideas. Veía con una claridad sorprendente, la concreción de lo inconcreto, por un extraño modo. Así, por ejemplo, Aristóteles—un busto que había yo visto en alguna parte, en Roma—pasó

á mis ojos. Advertí que pasaba la Filosofía. Mi inteligencia comprendió las cosas como si estuviese de pie sobre una montaña construída con todo el saber humano; pasó una pálida frente, ceñido el laurel. Era Dante, es decir, la Poesía. Pasó otra pálida frente coronada; pero de esta corona caían gotas de sangre. Era el Cristo, es decir, el Altruísmo.

A la vista de estas figuras yo sentía el bienestar infinito de un momento. En mis hombros, las devorantes y mortíferas llamas, empezaron á vibrar como alas.

Todo esto fué cosa de segundos. Lo vi, lo comprendí todo en un momento. Dios también se presentó á mi vista. Dios era todo aquello; Cristo, Dante, Arístoteles, los paisajes, los recuerdos, todo.

Después del atolondramiento del principio, y cuando comprendí que era inútil todo esfuerzo por apagar las llamas, fué cuando me vino la extraña lucidez de que hablo. Pero ni entonces, ni en la fuerza del suplicio, pensé morir; pensé que, manos piadosas y fuertes, llegarían á tiempo de salvarme, y mientras me estaba desvaneciendo, soñé que días después iba á despertarme en un cuarto desconocido, entre buenas gentes que me cuidaban, hasta que por fin me recobrase poco á poco. Repito: ni un momento creí que aquella fuese mi última hora.

*
* *

Del lado acá de la tumba, en la sombra, se está mejor que del otro lado, bajo la caricia del sol. Me valgo de tales frases para que se me entienda; pero aquí no existen las funciones, merced á las cuales nos cabe en lote, allá en la vida, sufrimiento ó placer. Aquí no se tiene conciencia— aunque se dirá una paradoja en mis labios;—aquí el pensamiento se evapora como el perfume de una flor y va á donde van los colores del arco iris y la luz de las estrellas y las músicas. Entretanto, los átomos imperecederos se cambian en copa de tamarindo, mañana palacio de pájaros; en hoja de laurel, mañana corona de próceres; ó en veta de mineral, mañana pan de infelices.

La muerte vale más que la vida para aquellos que no gustan mieles, sino dolores en el mundo. Los desgraciados deben salirse de la vida, que es un festín donde no hay puesto para ellos. El pesimismo es una cosa inútil. Pero el hombre, aun el mártir, se aferra á la vida porque *duda*, primero, es decir, por el miedo teológico ó moral, y luego por que *teme*, es decir, por el dolor físico que apareja la destrucción de sí propio. La duda quizás existirá siempre como lo más humano del ser; cuanto al dolor físico de la muerte voluntaria, aunque el bien que se compre al precio del sacrificio es grande y valioso, parecerá al hombre siempre caro. El hombre es avaro de su vida. Si el dolor del parto se padeciera antes del placer del amor, ninguna mujer tendría

prole. En esto, como en todo, es sabia la Naturaleza.

Cuenta una hermosa leyenda terrenal, que un profeta resucitó al hermano de dos mujeres piadosas. Si alguien pudiera, como en el relato bíblico, prender la llama de la existencia en lámparas humanas vacías de aceite vital; si alguien pudiera recoger y fundir los átomos dispersos que animaron un ser, y si este taumaturgo me infundiera la vi-

da, yo lo apostrofaría indignado.

—¿Por qué — le diría — me arrojas al agujero luminoso adonde entro sin deseo y de donde saldré a mi pesar? ¿Por qué me reduces de nuevo al dolor, cuando ya me había libertado de él? ¿Por qué me haces el mal de la vida, Señor, por qué?

Mas no abrigo el temor de que ningún profeta me resucite.

R. BLANCO FOMBONA.

Eternidad

A Magdalena.

No llores, niña, no llores,
que la vida se complace
en este perpetuo enlace
de alegrías y dolores.

La semilla, que da flores,
en la propia flor renace,
y la ilusión se deshace
como la luz, en colores.

Por mucho que se divida
en la hostia del sentimiento
nunca se agota la vida;

Y surge, en cada fragmento,
¡el alma, recién nacida!
¡incólume, el sacramento!

José DE DIEGO.

Flor pagana

Dadivosa eres de amor, pí-
diga de tus gracias: por eso los
hombres te aman.

Tu pelo de oro, como trival
por Mayo: negros son tus ojos
como noche sin fulgor de estre-
llas: y tu aliento, tibia caricia de
campo oloroso y húmedo...

Tu voz rumor de corrientes,

armonía de viento en arboleda,
canto de ave en la alborada: miel
que fluye del panal de tu boca.

Montones de nieve tus pechos,
en que florecen rosas: tu talle
palma del viento mecida: y la
sangre, que oculta corre, da ca-
lor al mármol de tu cuerpo

Tus hombros suaves lomas

albas: tus manos como lirios, umbrales del amor, comienzo blanco de un camino de besos.

Tu vientre, arca sagrada de amorosos frutos.

Tus muslos, obra de torno de artífice supremo: humano prodigio tus piernas, fuertes columnas que sostienen la voluble ligereza de tu corazón.

Tus pies, manojos de jazmines que exhalan el fragante contorno de tu figura.

Entre bosque se esconde el lugar deleitoso: fuente de amor y manantial de vida.

Tu andar airoso, dulce rima de amor: ligera eres, como paloma que acude al arrullo.

Tu piel suave y tersa, como membrillo tempranero: graciosa tu sonrisa: luz de perlería asoma en el girón carmíneo de tus labios.

Tu nariz aletca como ave prisionera, abrasada bajo el fuego de sombra de tus ojos.

Tus orejas diminutas, amasadas de leche y rosas: el oro de tu pelo las defiende y tiembla al cálido soplo de mil cuentos de amor.

Tu nombre, risa que seca el llanto: esperanza de dulzor tras la amargura: cicatriz de dolores.

No hay fragancia como la fragancia de tu carne; ni perfume como el perfume de tu pelo; ni aroma como el aroma que exhala el clavel de tus labios.

Corre por los campos, sube por las laderas de los montes: deja en los sotos florecidos ras-

tros de delcites y estela de caricias. Mira que bajo las frondas hay nidos de amor, y en las oquedades de las rocas refugios de ventura.

¡Ven, amada mía! En tu cuello cándido he de colgar los collares de mis besos: serán mis brazos cinturón que, sin romper, oprima el junco de tu talle: y mis manos hallarán sabroso escondite en los graciosos áureos ricitillos de tu nuca.

*
**

Girasol de los valles mi espíritu, esclavo de la luz de tus ojos.

Tierra generosa que á todos se ofrece, así tu cuerpo: tu espíritu, alocada mariposa que en muchas flores liba.

Infiel eres, como hermosa. ¡Bendita tu infidelidad mil veces!

Gusté en tus labios el calor de otros besos: también besarán sobre las huellas de los míos. ¡Qué importa si tus pupilas fueron un instante espejo de mis ojos!

Grácil eres como tallo de ribera: alegre y ondulante como regato de serranía.

Breves son los remansos en que tu amor serena: como las aguas, tornas á despeñarte loca.

Y por campos yermos y tierras que florecen, esparces la rumorosa alegría de tu canción eterna.

ENRIQUE DE MESA.

El Ateneo

LIBRERIA Y PAPELERIA

— DE —

Alberto A. González

Imprenta, Encuadernación,

Taller de rayados,

Fábrica de libros en blanco, etc.

Útiles de escritorio

y Libros escolares.

Avenida 18 de Julio, 749

Teléfono: "La Cooperativa", 85

—+MONTEVIDEO+—

AL GRAN CAFÉ

POLO BAMBA

— DE —

Severino San Román

Plaza Independencia número 39

Esquina Ciudadela

El primer clasificador de cafés en esta República, y el que por su fama conocida ha sido proclamado *Emperador de los Cafeteros*.